



# Eleazar Huerta o la deriva de la palabra

Luis Martínez-Falero

En muchas ocasiones la palabra triunfa sobre las tinieblas. Su luz, su verdad, su magia, es capaz de vencer las sombras que el destino se afana por hacer caer sobre quien ha convertido el compromiso con la sociedad y con la literatura en una razón de vida. No es posible separar ambos campos en Eleazar Huerta: su compromiso es único, como lo fue también para sus compañeros de viaje en la arriesgada apuesta por la libertad y la palabra. El exilio o la muerte fue el precio por una derrota política, transformada en victoria por la perdurabilidad de sus obras. De los fuegos de artificio de los vencedores nada nos queda ya, pues se esfumaron en su propia vacuidad grandilocuente. Pero la obra de los exiliados o de los asesinados perdura y clama por la libertad y por el encuentro de todos los pueblos de la tierra en torno a la palabra, a la comunicación de la propia esencia del ser humano hecha poesía.

Eleazar Huerta nació en Tobarra en 1903. Publicó sus primeros poemas en el diario *El Progreso* en los años 1921 y 1922, animado por su padre, a la sazón director de ese periódico. Más tarde, sería Eleazar Huerta el motor de progreso en las letras albacetenses, dirigiendo y colaborando en las revistas *Ágora* (1934-1936) y *Altozano* (1936), revista ésta última que vio rota su trayectoria por la Guerra Civil. En 1934 publicó su *Cancionero mozo*. Su segundo libro de poemas, *Libro de Alo*, fechado en 1939, no vio la luz hasta que fue editado por la Diputación de Albacete en 1992, junto a su primer libro<sup>1</sup>. Asimismo, Eleazar Huerta cultivó el ensayo literario, estudiando el *Poema de Mío Cid*, la poesía de Bécquer y la influencia árabe en la literatura española, analizando estos textos a la luz de una crítica idealista, muy próxima a la estilística. Abogado y socialista, fue el último presidente de la Diputación de Albacete nombrado durante la II República. Tras el triunfo franquista, se exilió en Santiago de Chile, donde ejerció como profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de Valdivia, siendo nombrado decano y miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Nunca regresó del exilio, muriendo en tierra chilena en 1975.

## *Cancionero mozo* (1934).

El libro inicial (o iniciático) de un poeta es siempre la búsqueda de una voz a través de los ecos de otras voces: aquellas que han formado al poeta, primero como lector y luego como poseedor de una técnica. El caso de Eleazar Huerta no es una excepción. Este primer libro, que recoge la producción del poeta entre 1925 y 1934, supone una conjunción de ecos entre los que empieza a apuntar un estilo y una voz particulares, aún en embrión, pero perceptibles. Tres son las tendencias que se dan cita en esta obra, en los cinco segmentos que la componen: la recuperación de lo popular de los libros iniciales del 27 poético, el post-Romanticismo y el Modernismo.

Las dos partes iniciales de este poemario, "El mar" y "El amor", nos ofrecen un retorno a la poesía de corte popular, que apunta hacia la tradición literaria de los Siglos de Oro (comenzada en las recopilaciones del *Romancero* y de los cancioneros en el siglo XV), y cuya influencia la asume Eleazar Huerta desde la poesía de Rafael Alberti, sobre todo del Alberti de *Marinero en tierra* (1924), aunque Huerta prescinde de la tendencia a la vanguardia (futurista primero, surrealista más tarde) del poeta del Puerto de Santa María. Es una poesía cargada de tradición popular, con la presencia del *Romancero* como referencia última, en un juego de espejos que trasciende la diacronía literaria para ser actualizada en un momento clave de la historia de España, que iba a desembocar en la Guerra Civil. Así lo muestra Eleazar Huerta en poemas como "Mares del sur", "Nocturno" o "Cartagenera" (de "El mar") o "Serranilla" y "Garcilaso" (de "El amor"). Veamos un ejemplo:

## NOCTURNO

Palidecía entre nubes  
la luna de la marina.  
Del puerto llegó el efluvio  
de la brea y la resina.

### RESUMEN:

El pasado año 2003 se cumplió el centenario del escritor y jurista Eleazar Huerta (Tobarra, Albacete, 1903/ Santiago de Chile, 1975).

Los dos artículos que siguen analizan su trayectoria literaria (el de Luis Martínez Falero) y su vida como hombre público (el de Antonio Selva). Queremos así difundir en el conjunto de Castilla-La Mancha la vida y obra -poco conocidas- de uno de nuestros intelectuales más destacados del pasado siglo.

Entre pedruscos algados  
flotaba un podrido leño.  
Llamaron las olas múltiples  
en la caverna del sueño.

Un barco negro y borroso  
que empezaba a navegar  
sonó entonces la sirena,  
sobre la espalda del mar.

¡Qué noche tan engolfada  
la que corta ese navío!  
Flota en el confín incierto  
su ancho estandarte sombrío.

¡Misterio enorme y sonoro  
las tinieblas sobre el mar!  
Si partió el alma viajera  
¿dónde la habré de buscar?

(En la noche de los trópicos,  
allá por aguas de Ormuz,  
¿dónde vuelan las estrellas  
como pájaros de luz!)

Ahora bien, Eleazar Huerta sustituye esa tendencia a la vanguardia de Alberti por esa otra tendencia a lo popular del post-Romanticismo hispano, cuyas raíces se hallan en la poesía y la poética de Gustavo Adolfo Bécquer, pero que había caído ya en franca decadencia en los últimos años del siglo XIX y que en el siglo XX ha de considerarse como un evidente anacronismo, no sólo estético, sino también formal, desde el momento en que la búsqueda de rimas arriesgadas, que supusieran un avance sobre las producciones anteriores, desembocaban habitualmente en el ripio. La forma más pura de esta concepción poética becqueriana habría que buscarla ya en los modernistas, asimilada a la influencia francesa. Un claro ejemplo de esta poesía decadente lo encontramos en poemas de Eleazar Huerta como "La divina canción", "Coro viril" o "Añoranza de la trova".

La tercera tendencia que hemos mencionado, la modernista, se deja sentir en los tres segmentos restantes de este libro, "La audacia", "El campo" y "La meditación". Es un Modernismo cargado de los brillos fónicos de Rubén Darío y de los apacibles ritmos del Machado de *Soledades* (1903). Del primero asimila los tonos épicos para hablar de la conquista de América o de personajes míticos, mientras que del segundo asume ese trascender lo cotidiano para convertirlo en experiencia esencial, el paisaje como representación del ser, liberado del tiempo, liberado, por fin, de la contingencia, para convertirse en representación de un espíritu universal. Veamos sendas muestras de esta poesía:

#### BLASÓN DE RAZA

Español, español,  
un mundo ha descubierto tu Almirante,  
un mundo donde el sol  
tiene un cáustico brillo fulgurante.

Yelmo, pica y rodela  
apresta sin tardar y recia espada.  
Acude, corre, vuela<sup>2</sup>  
sobre la negra mar alborotada.

Hay allí grandes ríos  
y llanuras de inmensos horizontes,  
y, ceñudos, sombríos,  
sobre robusto pie, nevados montes.

Hay bravas amazonas,  
vírgenes hijas de una virgen tierra.  
Hay reinos y coronas  
que hundir y conquistar en fiera guerra [...]

#### MOCEDADES DE ABRIL

Empapada en luz del sol  
tiene el chopo la cimera,  
y la esparce al tremolar  
su hoja verde, su hoja nueva.

Guiña el cémit, de tan puro,  
la mañana se cimbreo  
-mayoral de mariposas,  
que pespuntan la pradera-

Pies de niño, marcha el agua  
juguetona por la acequia,  
y se asombra al tropezar  
con una raíz abuela.

¡Qué alegría, cómo sube  
y por el aire se eleva!  
¡Cómo zumba el abejorro,  
bóldo de primavera!

Estética decadente e innovación poética, tradición y renovación (siempre desde la poesía popular o las raíces populares de la poesía), marcan los primeros versos publicados en forma de libro por Eleazar Huerta. La evolución de su obra se produce no por un recorrido literario voluntario, sino por los avatares históricos, que arrastran al poeta al exilio. Se abre así la poesía de madurez de este poeta.

#### Libro de Alo (1939)

El nacimiento de su hija produce ese tipo de poesía infantil, profundamente lírico, que hallamos tanto en el *Ismaelillo* de José Martí (1882), como en las "Nanas de la cebolla" de Miguel Hernández, escritas tras el ingreso en prisión del poeta oriolano al concluir la Guerra Civil. Es en la línea de Hernández en la que debemos situar la poesía de Huerta, tanto desde el punto de vista generacional, como desde el punto de vista ideológico: me estoy refiriendo a los poemas de Hernández contenidos en *El hombre acecha* (1939), donde el dolor por la tragedia de la guerra alcanza las cimas más altas de la lírica castellana, la elegía por un país que agoniza.

De este modo, Eleazar Huerta plantea el libro en un paralelo: los poemas infantiles dedicados a su hija, y el dolor por una España agonizante que abandona en un exilio del que no regresaría jamás. Ello lo sitúa en el terreno de la poesía del exilio, con el tema de España como centro, al estilo de Juan Rejano (v.gr. *El Genil y los olivos*, 1944), José María Quiroga Pla (v.gr. *Morir al día*, 1946; y *La realidad reflejada*, 1955) o José Herrera Petere (v.gr. *Rimado de Madrid*, 1946).

En "Villancicos", Eleazar Huerta juega con la mezcla de voces lírica: la del "yo" lírico y la de la hija, narrando así la historia íntima del exilio:

Mi Alo nació en Barcelona,  
en el Paseo de Gracia,  
mientras caían las bombas  
y las sirenas sonaban.

Duérmete, hija mía,  
sin ningún temor,  
que a las niñas buenas  
las protege Dios.

Yo salí huyendo de España  
en una noche sin luna.  
Allí quedó mi casa  
y allí quedó mi cuna.

Junto a la frontera  
enferma café.  
Mi madre y mi abuela  
cuidaban de mí.

Pero junto a estos poemas, a veces incluyendo voces infantiles, aparece el itinerario del exilio, la voz amarga por la patria perdida, por los paisajes que se difuminan en la bruma. Así, los poemas "España" y "En el Atlántico" abren ya el camino del adiós sin retorno a la patria:

#### ESPAÑA

Pasamos frente a España.  
¿Es tierra? ¿Es una nube  
aquella cosa blanca?

Pasamos frente a España,  
por delante de Denia  
y su erguida montaña...

La nube se perdía,  
la patria se borraba.  
Adiós, hermosa mía,  
mi corazón te guarda.

Del brillo de la estela  
me duele la mirada,  
y me lloran los ojos  
y te veo más clara.

Adiós la tierra mía,  
la nube y la montaña,  
la playa de Alicante,  
que tanto me gustaba.

Y más allá, Albacete,  
en medio de mi Mancha,  
mi Madrid de estudiante,  
hoy andrajos y fama.

Y lo demás, que toda  
eres hermosa y santa,  
toda cárcel y tumba  
y rabia desolada.

Ante el dolor por la partida sólo queda la reflexión y el silencio. Y, en ese silencio, la rabia contenida por la batalla perdida en defensa de la libertad y por el abandono de la joven

democracia española por parte de las democracias occidentales. El sueño de la libertad ha terminado. La España soñada ha quedado destruida y alza sus ruinas como muñones. Es tiempo de silencio, sin duda:

#### SILENCIO

España, diste tu sangre  
por la humanidad.  
La humanidad no se entera  
o no se quiere enterar.  
Pues confunden al mendigo  
con el que todo lo da,  
recoge, España, lo tuyo  
y de esto no se hable más.

El libro y el viaje hacia el exilio concluyen con la llegada del poeta y su familia a Chile ("Los Andes"). La mole imponente de los Andes queda grabada en la retina y el corazón del que llega de lejos para morir ("Soy como un nuevo Lázaro, / resucitado y muerto"), para asilar su vacío en una tierra extraña que dejará de serlo porque por encima de cualquier bandera, de cualquier límite fronterizo, queda la patria del idioma como lugar de encuentro. Pero el vacío, la herida inabarcable del poeta, es demasiado grande: "El demonio terrible de los Andes / vaga por mis desiertos". No hay retorno ni poesía después de este largo recorrido entre las sombras. Si Francia ("Melun", "Hôtel de ville") fue el gozo por la nueva hija, también lo fue por la proximidad de España, vencida y arrasada, pero cercana todavía. Ahora sólo la muerte, muchos años después, pudo acabar con la esperanza del retorno del poeta, colmado de honores en su tierra de asilo y casi olvidado en su tierra natal hasta los años noventa. Es hora de devolverle la patria y la voz a quien luchó por su tierra.

#### La palabra errante de Eleazar Huerta

La poesía nunca fue un arma cargada de futuro, ni siquiera un arma. La verdadera fuerza, no violenta, son las palabras. Con ellas, Eleazar Huerta supo trazar un itinerario poético y sentimental de una gran hondura, profundamente lírica por profundamente humana. Pero no se refugió en la poesía como quien se encierra en una coraza. Quiso que esa humanidad profunda cambiara la sociedad de su época, devolviera a los desheredados la dignidad, y se enfrentó a una lucha por la libertad que concluyó con la derrota frente a esa España "de charanga y pandereta, / cerrado y sacristía" que retrató Machado en su poema "El mañana efímero". Si la utopía alguna vez fue posible, lo único posible fue finalmente el dolor. En él, con él, acompañamos a Eleazar Huerta camino del exilio a través de sus poemas. Pero también en él, con él, con Eleazar Huerta, seguimos caminando hacia un mañana más justo, más solidario y más libre. Vamos con él, con sus palabras, los que seguimos creyendo que la utopía sigue siendo posible, que esta patria que cantó con un amor sin límite merece ganar su futuro en paz y en libertad. ■

#### NOTAS

<sup>1</sup>HUERTA, E., *Cancionero mozo y Libro de Alo*, Albacete, Diputación Provincial, 1992.

<sup>2</sup>Este verso está tomado de la conocidísima "Profecía del Tajo" de Fray Luis de León: "Acude, corre, vuela, / traspasa la alta sierra, ocupa el llano, / no perdones la espuela, / no des paz a la mano, / menea fulminando el hierro insano". Este caso de evidente intertextualidad nos indica las raíces clásicas de la poesía de Eleazar Huerta.